

EL DISCURSO ORAL DE ORTEGA

Juan Marichal¹

Emérito. Harvard University

«Y esto es lo que los intelectuales de aldea llaman la literatura de mis lecciones. ¡Pues no faltaba más sino que en mis lecciones no hubiera literatura! ¿Será de ver la idea que esos aldeanos tienen de lo que es literatura?»: así defendía, agresivamente, Ortega en 1944 —en sus conferencias de Lisboa sobre *La razón histórica*— su estilo de hablar. Mi propósito ahora es exponer algunas someras consideraciones, algunos apuntes, sobre la singularidad del lenguaje oral de Ortega y su relación con la empresa colectiva de su generación, lo que Azaña llamaba «la refacción de España».

Y me permitiré citar una página mía que es pertinente para lo que me propongo esbozar esta tarde:

Es manifiesto que el escritor no elige estrictamente su estilo, del mismo modo que ningún ser vivo interviene en su nacimiento: «Amigo mío —escribía Jovellanos a Vargas Ponce en 1799— la naturaleza ha dado a cada hombre un estilo, como una fisonomía y un carácter». O

Silva: Studia philologica in honorem Isaías Lerner, coord. por Isabel Lozano-Renieblas, Juan Carlos Mercado, Madrid, Editorial Castalia, 2001, ISBN 84-7039-864-4, págs. 411-420.

¹ Es muy grato, para mí, participar, de modo somero con estas páginas dedicadas a Ortega, carentes de «aparato» erudito, pues ya no vivo en Widener Library. Porque para mí Isaías Lerner, es, sin duda posible, el escritor (¡sí!) más sobresaliente de todos los estudiosos de las literaturas hispánicas de los dos continentes. Es, Isaías, en verdad, un paradigma de ecuanimidad, siendo tan inmenso erudito. Sólo me queda añadir que, como ajeno al temple colérico de tantos hispanistas (o italianistas o galicistas) es un admirable caballero de la palabra castellana.

sea que invirtiendo a la española los términos de la famosa fórmula de Buffon (*Le style, c'est l'homme*), podemos decir que el estilo está en el hombre antes de estar él en su estilo. O como lo expresó Unamuno: «El estilo es camino y es a la vez lo que camina, como es un río». Añadiendo, «No un camino por el que se va, sino un camino que nos lleva». Acentuando así —muy unamunianamente— la función impulsiva de un estilo literario. Aunque habría que atenuar el concepto de Unamuno, teniendo presente algunas páginas de Ortega sobre Baroja y Azorín, pues en un estilo se da siempre un conjunto significativo de aceptaciones y rechazos ante las posibilidades expresivas y comunicativas de un idioma. En suma, el estilo es simultáneamente un río que lleva al escritor y un esfuerzo del escritor por encauzarse a sí mismo.²

Ortega no se propuso, por supuesto, ser orador: *nació* orador, como otros nacen poetas. Pero supo encauzar su oratoria hacia finalidades que podríamos llamar, sin reparo, civilizadoras de su tiempo y patria. Otro orador de la otra orilla (atlántica) de la cultura de lengua castellana —el uruguayo José Enrique Rodó— hablaba, en los primeros años del siglo, de los que él llamaba, «pensadores y organizadores civiles», personas como él mismo que debían orientar su acción intelectual (y política, en muchos casos) al adelanto de la civilización en sus países respectivos de la América de lengua castellana. Ortega fue, en verdad, el sumo «pensador y organizador civil» de la España del siglo XX.

«La individualidad de los hombres, y mucho menos la de los grandes hombres, no puede ser cazada a lazo... Es preciso, primero, disponer su fisonomía ideológica, situándolos, asentándolos, sobre aquella corriente del pensamiento universal que los llevaba y de que en verdad no son sino variaciones», escribía el muy joven Ortega, empleando un principio

² *La voluntad de estilo*, Barcelona, Seix-Barral, 1957.

metodológico que procedía indudablemente del historiador francés Hipólito Taine —principio que Ortega atenuaría considerablemente más tarde. No hay duda, sin embargo, que, el principio de Taine, utilizándolo con cautela, es casi indispensable para fijar y, sobre todo, realzar la singularidad de una figura original en la historia de la cultura.

¿Cuál es la corriente universal de la cual el joven Ortega aspiraba a ser lo que él llamaba una *variación española*? Está aún, en gran medida, por estudiar, y quizás podría designarse como la vasta acción intelectual realizada en muchos países de la civilización atlántica moderna desde mediados del siglo XIX por escritores y oradores que aspiraban a ser guías espirituales de sus respectivos países. Emerson, en los Estados Unidos, Matthew Arnold en Inglaterra son quizás los mejores ejemplos del pensador-predicador de lengua inglesa, y fueron sin duda, los paradigmas de Unamuno, el «predicador laico». Que a su vez fue el paradigma del joven Ortega, al comienzo de su actividad pública. Esto es, Unamuno había empezado lo que hará también Ortega: difundir sus ideas mediante discursos —o «sermones» como dice a veces— en toda España. Porque no hay duda que Unamuno fue, cronológicamente, el primer «pensador y organizador civil» de la España contemporánea. Además el Unamuno de 1900, era muy diferente al Unamuno algo posterior. En una carta suya de diciembre de 1901, Unamuno escribía a Rodó:

Quiero erigir la bandera de la cultura. Somos aquí, en España, una minoría de europeos que tenemos el deber y el derecho de imponernos a una mayoría de berberiscos. Lo que aquí se impone es una cautela ejercida por los intelectuales. Otra cosa sería la barbarie.

Un texto que explica que el joven Ortega considerara a Unamuno, el «campeador» español de la cultura. Observemos, además, que en la primera gran conferencia pública de Ortega, la dada en la sociedad *El Sitio*

de Bilbao, en marzo de 1910, dijo que en España se disputaban entonces dos poderes espirituales, «la cultura y la religión». En esto Ortega estaba dentro del campo de acción establecido de Unamuno, que veía su función como una «lucha por la cultura» en sentido religioso. Ortega no planteará nunca más, tan explícitamente al menos, esa concepción bélica, por así decir, de la cultura frente a la religión. Aunque en 1910, tras una descripción de un episodio de la vida de Jesucristo, escribía:

Perdonadme que me haya detenido describiéndoos aquel momento sublime tan rico en valores culturales. Mas, ¿por qué ha de ser patrimonio del pulpito aquel soberano instante?

Mas Ortega no adoptará el tono sermonario de Unamuno (o de Emerson) ya que en él hay una preferencia por los estilos de hablar franceses, como apuntaremos luego.

No es ésta la ocasión para considerar la polémica cuestión de la actitud de Ortega ante Unamuno, e inversamente. Esa relación de mutua hostilidad contribuyó, sin duda, a la vitalidad intelectual de la España de las tres décadas 1906-1936. Mas es necesario repetir que Ortega tuvo la gran fortuna de poder oponerse a una figura de las dimensiones espirituales de Unamuno. Esta oposición la describió Ramón Gómez de la Serna —cuyos escritos biográficos tanto enseñan sobre la España aludida— al señalar que una conferencia de Unamuno (se refería a la muy esperada de 1906 en el Teatro de la Zarzuela) había sido un «mitin sin más programa que un orador». Caracterización que responde, fielmente, a lo que decía Unamuno, al final de dicha conferencia o discurso, que él había venido a Madrid a presentar sus ideas y sentimientos más que a exponer un programa de acción. En cambio, apuntaba Gómez de la Serna, Ortega ofreció, en su resonante discurso de marzo de 1914, «Vieja y nueva política», un programa para cada oyente y para la comunidad intelectual

española. También apuntaba Ramón Gómez de la Serna que Ortega quería evitar «el soliloquio estilista» dando así a su discurso una impulsión congregadora. En suma, Unamuno quería, sobre todo, sembrar inquietudes mientras Ortega quería ofrecer conceptos y metas que pudieran transformarse en realidades españolas.

Y justamente en su segunda conferencia en *El Sitio*, de Bilbao, en octubre de 1914 en un homenaje a Unamuno, destituido no hacía mucho de su rectorado salmantino, decía Ortega:

Ayer, como hoy, como mañana, con frecuencia creciente, con insistencia progresiva, yo he de ir por las villas y los campos de España, de mi tierra, de lo que para mí es lo que aquel labriego irlandés llamaba a su amada, «mi parte del mundo», quejándome desesperadamente de la villana muerte que se está dando a nuestra raza y me importa hacer constar que, ni uno ni cien fracasos personales, pueden apartarme de esta labor.

Y efectivamente Ortega continuó, extendiéndola, su tarea de «pensador y organizador civil» desde 1914 hasta el verano de 1932, cuando se apartó definitivamente de la acción intelectual y política pública. En el discurso de entonces que podría considerarse su último gesto de carácter político —«Rectificación de la República»— decía:

Yo señores, soy pobre hombre, con muchas menos pretensiones de las que algunos suponen. Simplemente un pequeño ser, que ha ligado siempre su microscópico destino individual al ancho, macroscópico destino de su raza... y abandonando su habitual oscuridad da al viento la poca cosa de su voz...

Esa voz, pese a lo que dijera el mismo Ortega para atenuar su importancia, fue visiblemente una de las fuerzas intelectuales generadoras

de las espléndidas décadas 1906-1936. Y propongo a la consideración de ustedes que esa voz tan única —y tan efectiva— partió, en cierto grado, de la oratoria intelectual francesa del siglo XIX y del temprano siglo XX.

Aquí entramos en un terreno donde hay mucho por hacer. Hace años un amigo y maestro me animó a escribir un libro que ahora siento profundamente no haber hecho: *Ortega y Francia*. Espero que pronto algún joven hispanista se anime a hacerlo: sería sin duda, el libro más original (y sustancial) de los escritores recientes sobre Ortega. Porque es patente que en Ortega opera constantemente un preciso linaje de escritores franceses: de Chateaubriand a Barrès, incluyendo a Renan —que tan importante papel desempeñó en su estilo de hablar— y al filósofo Henri Bergson. Acertaba así Curtius cuando señalaba que la singularidad estilística de Ortega consistía en haber expresado «a la francesa» el pensamiento filosófico alemán. O más precisamente, que la famosa *clarté* francesa tenía en Ortega a uno de sus más preclaros ejemplos: recordemos, de paso, que el precepto de Jules Renard —*La clarté est la politesse de l'homme de lettres* (La claridad es la cortesía del escritor)— fue seguido muy fielmente por Ortega.

Mas el estilo de hablar de Ortega se relaciona sobre todo con el de Bergson. Recordemos que al final del siglo XIX y principios del XX las lecciones de Bergson en el *Collège de France* atraían un numeroso público de la buena sociedad de París, con gran predominio femenino. Y desde entonces se dijo que Bergson era un filósofo mundano (*mondain*), dando a entender, por supuesto, que era muy poco filósofo. No hubo, desde luego, afinidad conceptual entre Ortega y Bergson —al contrario de Unamuno, que no sólo imitó el cuello semi-eclésiástico de Bergson sino también se sintió muy próximo a la defensa hecha por éste de la mística. Mas el estilo oral de Bergson fue —repito mi propuesta— muy importante en la formación de Ortega.

La clave de ese estilo —y de esa relación— se encuentra en las ya citadas conferencias de Lisboa.

En la tercera conferencia considera Ortega las formas de expresión usadas por los filósofos desde la Grecia clásica. Tras observar que Parménides, fundador de la Metafísica, lo hizo mediante un poema, que Platón «escribió sólo diálogos amenos de alta poesía» y que el mismo Aristóteles, exceptuando la *Ética a Nicómano*, sólo publicó «diálogos al modo platónico», se detiene en Descartes. Y señala Ortega:

Descartes funda nada menos que la época moderna y especialmente la moderna filosofía con un ensayo cuyo estilo imita la literatura de Montaigne, el famoso *Discurso del Método*, en que aparentemente no se habla una sola palabra de filosofía, sino que es lo que menos podía esperarse: una autobiografía y ella en francés, cosa tan escandalosa entonces para los profesores de la Sorbona *como lo es mi literatura para los de Lisboa* y que al fin de su vida quiso hacer la primera exposición completa de su sistema en un diálogo que fuese una conversación mundana entre Eudoxio, Poliandro y Epistemon.

Y advierte Ortega que podría así seguir considerando la forma de expresión de muchos filósofos. El texto citado muestra patentemente que Ortega está haciendo su propia defensa. Una larga nota al pie debe citarse ahora pues ahí es mucho más explícito, Ortega, en su defensa del estilo literario en la filosofía:

Porque es preciso decir que nunca, jamás (la cursiva es del propio Ortega) ha venido nada creador, importante y nuevo a la filosofía en un libro o discurso que tenga el estilo del *Manual*, *Handbuch*, *Vademecum* o de una lección soporífera dada a colegiales.

Añadiendo Ortega que la Universidad no es un colegio ni es tampoco exclusivamente para los estudiantes. Y continúa:

Toda la nación debe vivir, más o menos, la vida universitaria y lo sensible es que a ella no tengan dificultad para asistir obreros con mente alerta. Cuando una Universidad se reduce a los estudiantes y en ella no acontece nada nacional y en este sentido nada popular, es que la Universidad ha degenerado y en deplorable involución se ha convertido de nuevo en un colegio de párvulos.

De ahí, afirma Ortega, que deba abandonarse en los que él llama «cursos generales» el estilo de *Manual y Vademecum*, concluyendo: «estilo hacia el cual siento sólo cierto robusto desdén».

¿Qué entiende Ortega por «cursos generales»? Más adelante en la conferencia citada, lo indica:

...siendo mi modo de ser catedrático... y mi manera de hablar *ex cathedra* la que uds. ya conocen y la que con unas u otras variantes he empleado durante treinta y cuatro años en mis cursos generales, no en los de Seminario o privados...

Añadiendo Ortega: en ese «estilo de hablar» es esencial «partir, despegar de una cátedra, en el sentido más tradicional y recibido, aunque necesita también apoyarse constantemente en ella».

Mas —volviendo a Bergson— apuntemos que nunca pretendió el filósofo francés trasponer las aulas del *Collège* de France, mientras Ortega desde su primer discurso de 1909 (en el Ateneo madrileño) habló ante auditorios más generales que los de Bergson, como en 1909 en la Casa del Pueblo de Madrid. Había, así, en el estilo de hablar de Ortega una finalidad que le acercaba a la oratoria política: y, en verdad, fue uno de los

más importantes oradores políticos de las tres décadas 1906-1936. Y en la oratoria política española de principios del siglo XX ha de situarse también uno de los puntos de partida del estilo de hablar de Ortega.

Una figura en particular me parece importante en la juventud de Ortega, el blanco de sus más duras críticas políticas, don Antonio Maura. Puede suponerse, con verosimilitud, que Ortega apenas escuchó o leyó los discursos de Maura. Sin embargo, me pregunto si no conoció el discurso pronunciado por Maura, al ingresar en la Academia Española, el 29 de noviembre de 1903, que versó sobre la oratoria en general, y que es obviamente el compendio de su propia experiencia. Maura señalaba agudamente el contraste entre escritores y oradores. El orador tiene un público fijo, un auditorio no escogido por él, mientras que el escritor «forma y designa su público». Y así añade Maura «el orador no puede serlo sin asociarse con su auditorio». ¿Y cómo se realiza esta unión con el auditorio? Dice Maura: «Lo que al orador ha de importarle es que los oyentes discurran en su compañía, acaso más juntos y pegados a él, cuanto más callados». (Recordemos que Anatole France —seguramente leído por Ortega— había dicho hablando del orador: «es necesario que el trabajo del pensamiento sea visible en el curso de la acción oratoria» (*il faut que le travail de la pensée reste sensible au milieu de l'action oratoire*). Y Maura concluía que el orador «debe atender sobre todo a las circunstancias del instante de pronunciar su discurso». Ortega, en su elogio del orador, dirá que es el que sabe percatarse de las circunstancias. No apunto, por supuesto, que Ortega estuviera parafraseando a Maura, pero sí resulta útil —para entender la acción oratoria de Ortega— el leer a Maura, gran y efectivo orador, después de todo. Por ejemplo, cuando dice que el orador más efectivo es el que expresa lo que «muchas almas sienten de consumo». ¿No cabría decir que ahí estará también un rasgo de Ortega? O cuando dice Maura que el orador ha de eliminar las

indecisiones de la voluntad y asumir, en cambio, la dirección del auditorio.

Ortega fue también un excepcional improvisador, en el sentido que apuntaba Maura. Porque para Maura la apariencia de improvisación es indispensable, pero todo buen discurso ha sido preparado de antemano: «preparado de prisa, más y mejor que otra persona lo dispondría en largas vigiliass». Añade Maura que el poder improvisar así requiere mucha cultura... y así «a medida que el gusto literario se educa, mejoran las espontáneas enunciaciones, congénitas del pensar». Finalmente observa Maura, «cuando el orador se prepara atendiendo a las ideas se apercibe al buen decir, sin marchitar la preciosa frescura de la elocución». Todo lo apuntado por Maura podría aplicarse a Ortega, incluso la expresión procedente de Platón con la que cifra el conjunto de características del orador, «razón apasionada».

Otro punto de partida de Ortega que debe mencionarse al considerar la formación de su estilo oral es la prosa modernista de principios del siglo xx. Ortega era, por supuesto, un escritor muy arraigado en su lengua natal y no podía ser ajeno a lo que representaba el modernismo, particularmente en su realce del valor musical de las palabras. Supongo que algún estudioso de estos días esté prestando atención a la relación de Ortega con el modernismo literario, pero conviene recordar que él lo condenó pronto, al hablar de Valle-Inclán y que motivó una respuesta muy dolida de Rubén Darío en el prólogo a uno de sus libros. Apuntó Darío que el modernismo, con su acentuación musical de la palabra, facilitaba la difusión de las ideas. O como lo diría también Valle-Inclán, las ideas pueden llegar a los lectores con las ondas de la música verbal. Notemos también que lo que Unamuno reprochaba a Ortega —y recordemos el anti-modernismo de Unamuno— «halagar al oído español», fue evidentemente un rasgo modernista de Ortega. Esto es, Ortega entró

en la historia literaria española con la exaltación del valor musical de las palabras que siguió a la generación del 98, opuesta en un principio a toda exuberancia verbal. Recordemos también de paso la relación de Ortega, muy cordial con Navarro Ledesma, uno de los modernistas más olvidados.

Y dentro del modernismo no puede olvidarse tampoco a la figura de Rodó, cuyo ensayo *Ariel* tuvo una resonancia continental hispanoamericana apenas igualada hasta hoy. Fue también Rodó —y en mayor grado que Ortega— un lector y admirador de los escritores-oradores franceses, en particular de Renan. Trató también un tema central en el pensamiento de Ortega —la relación entre cultura y democracia—. No es de destacar que Ortega hubiera leído a Rodó, pero hay un gran contraste entre los estilos de hablar de los dos pensadores civiles hispánicos. Porque en Rodó predomina el diálogo abstracto de ideas característico de Renan, mientras en Ortega es siempre visible la persona del escritor, del orador. Ramón Gómez de la Serna había apuntado, como ya observamos, que Ortega quería evitar el «soliloquio estilista», y quizás podría decirse que en Rodó —no obstante su uso del diálogo— había justamente un soliloquio permanente. Ortega, en cambio, quiere relacionarse personalmente con su auditorio, en formas que a veces hoy nos pueden sorprender, pero que muestran también su afán de efectividad oratoria. Como cuando dice en 1909:

Yo no puedo dirigirme sino a la gente moza... vengo a ofreceros, amigos de mi tiempo, el cornadillo de mi pobreza... Yo no soy más que un pobre español mozo...

Y poco más tarde, en la Casa del Pueblo del Partido Socialista, empieza: «Voy a hablar de lo que tengo sobre el corazón, salga como saliere». Podrían repetirse las citas de la presencia del «yo» de Ortega en su estilo de hablar. No es, evidentemente, un «yo» comparable al de Unamuno

—es casi el «yo» empírico de la tradición expositiva filosófica, mas es, sobre todo, la manifestación de un pensador que quiere acentuar su condición de español ansioso de mejorar su país. En ese sentido, Ortega es quizás el orador que merece más plenamente la designación utilizada por Rodó, «pensadores y organizadores civiles». Porque el temple de «organizador» orientó gran parte de su estilo de hablar, cuando se dirigió a auditorios españoles.

Ante una «España que cruje de angustia» (como decía Ortega en 1906), siente que su misión personal consiste en forjar una prosa de tono congregador y así el joven escritor enlazó sus designios estilísticos con las que él estima obligaciones éticas y políticas con su patria. Y ahí está la singularidad profunda de su estilo de hablar. Hemos apuntado, muy someramente, algo de lo que podría llamarse genealogía oratoria de Ortega, con el propósito de realzar los rasgos originales de su estilo de hablar.

Un estilo que fue un descubrimiento para sus coetáneos, como recordó Gregorio Marañón. Porque la originalidad de Ortega —como la de tantos grandes creadores— en la historia de la oratoria castellana fue finalmente una aleación de literatura y precisión. De joven él había dicho que «se hace literatura o se hace precisión o se calla uno». Mas es patente que Ortega hizo literatura a la vez que precisión. En suma, la oratoria de Ortega no habría, sin embargo, marcado la historia de la lengua castellana con su acento singular si hubiera consistido solamente (a semejanza de la castelarina) en la viva exposición retórica de unos principios de conducta y de unas fórmulas de acción política o social. No basta tener un programa de acción para ser un gran escritor. Y pese a que el propio Ortega afirmara frecuentemente que él era sobre todo un escritor de objetivos inmediatos, creador de una obra «circunstancial» (para decirlo en términos muy suyos), es evidente que operaba siempre en él un impulso

estético. Hasta se podría decir que quizá Ortega el artista de la palabra haya modificado más de una vez, por «razones» estéticas, el pensamiento de Ortega el filósofo. De todos modos, los ensayos de Ortega aspiraban indudablemente a ser algo más que incitación reformadora. En 1906 el personaje orteguiano «Rubín de Cendoya» declara, al aparecer por vez primera en las páginas del escritor madrileño: «Un ansia infinita de permanencia trasciende de lo más adentrado de nosotros».

En conclusión el estilo oratorio de Ortega está unido, para siempre, a una España cuya significación permanente en la historia de la cultura está aún por hacerse y a la cual se ha dado, por algunos historiadores de la literatura, el erróneo título de «Edad de Plata», quizás porque la cercanía cronológica (y las confusiones ideológicas) no les han permitido ver la magnitud intelectual de la España de Unamuno y de Ortega. Hay pues, que reiterarlo: las tres décadas 1906-1936 fueron las más *globalmente* creadoras de *toda* la historia de la cultura española, ya que las tres décadas comparables del llamado Siglo de Oro no alcanzaron la importancia transnacional en el pensamiento o la ciencia, equivalente a la España del siglo xx.

Un historiador francés de principios del siglo Charles Seignobos decía que la historia es la ciencia de lo que acontece solamente una vez, oponiéndose así a los historiadores que querían transformar la historia en una rama de la sociología, la ciencia nueva de entonces. Esto es, Seignobos decía que la historia no se repite nunca, y que, sin embargo, puede ser estudiada científicamente, que podía ser la ciencia «des choses qui arrivent seulement une fois». La voz de Ortega fue, evidentemente, la de una persona irrepetible, como todo ser humano. Y nada podrá quitar a los españoles que la escucharon el dolorido sentir de su desaparición temprana, mas su estilo de hablar —tan sustancialmente español— fue una de esas cosas que sólo acontecen una vez, como diría Seignobos. Y en

él ha quedado encarnado el gran designio de su generación española, la que quería la «refacción de España» y que lo logró a pesar de la enorme tragedia de 1936.

Uno de los conceptos más universalmente valiosos del pensamiento de mi maestro, Américo Castro, en sus años de exilio, fue el de *lo historiable*. Observó Américo Castro (frente al afán nivelador y estadístico de muchos historiadores contemporáneos, sobre todo norteamericanos) que no todo lo sucedido en el pretérito de un país es merecedor de ser recordado, merecedor de ser considerado historiable. Mas ¿qué es lo historiable? Aquello que todavía subsiste en la vida de un pueblo como una constante incitación a adelantar en el proceso secular de humanización de la vida humana. Y sin duda la acción intelectual de Ortega (y la de su generación entera) es un episodio historiable de las tres décadas 1906-1936.